

22.11.08

sem. Int. América III "B"

<i>Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955</i> por Rosa Morena	181
<i>Sindicalismo, coaliciones partidarias y reformas de mercado en América Latina</i> por Agustín Santella	185

4/0212 16 cop.

Ademovsky

15 copias



Presentación

Este cuarto número de *Nuevo Topo* nos encuentra en el segundo año de nuestra propuesta intelectual. Las contradicciones que hemos sufrido en esta aventura de trabajo colectivo no fueron pocas y sabemos que otras permanecen latentes o irresueltas. Pero la experiencia sirve y, en muchos sentidos, hemos crecido. Hubo una aceptación muy favorable de muchos lectores. Las contribuciones recibidas ampliaron y enriquecieron la diversidad de nuestras páginas. Acrecentamos nuestro espacio de producción y ampliamos el consejo editorial con nuevas compañeras y compañeros. Continuamos con la vocación de una revista de izquierda plural, con la aspiración de suscitar prácticas renovadas del saber histórico y social.

El número mantiene la estructura esencial que caracterizó a las entregas precedentes. El *dossier* tiene como tema un concepto esencial de toda historiografía de izquierda: el de clase social. Más aún, este concepto es decisivo para todo conocimiento de la sociedad. No sería exagerado decir que las ciencias sociales, en buena medida, surgieron para pensar la cuestión del antagonismo social. La categoría de "clase", desarrollada como tal en el siglo XIX, fue fundamental tanto para quienes deseaban impulsar la lucha social en un sentido radical, como para los que buscaban modos de restaurar el orden. Desde entonces se ubicó en el centro de intensos debates políticos y académicos. ¿Se agrupan realmente las personas en "clases"? ¿Se trata de un concepto político o "sociológico"? ¿Sirve para comprender las líneas del antagonismo o simplemente para describir la estructura de una sociedad? ¿Sus contornos se recortan principalmente sobre la base de criterios económicos o existen otros más válidos? Desde tiempos de Marx, las explicaciones "clasistas" de la historia y de la sociedad -es decir, aquellas que situaban al antagonismo en el centro del análisis- hicieron grandes aportes tanto en las ciencias sociales como en el pensamiento político. La relevancia del concepto de "clase" en los dos ámbitos, sin embargo, fue fuertemente cuestionada en el último tercio del siglo XX. Lo mismo ocurrió con las nociones de "lucha de clases", "conciencia de clase", "identidad de clase", "cultura de clase" e "ideología de clase". Con interesantes reformulaciones, sin embargo, el pensamiento "clasista" continuó presente. La Argentina no estuvo ausente de estos debates. En particular, en el campo historiográfico se produjo una polémica en torno de la utilidad de dichas categorías para dar cuenta del período abierto luego de la Primera Guerra Mundial. En ese contexto, un grupo de

historiadores desarrolló a partir de mediados de los años ochenta la idea de la existencia de "sectores populares" como alternativa a los planteos clasistas.

El *dossier* vuelve sobre esa polémica para intentar un balance crítico de sus alcances y limitaciones. Los artículos que lo componen exploran aspectos teóricos y empíricos de la querrela, desde miradas diferentes pero situadas en un enfoque antagonista. El trabajo de Ezequiel Adamovsky analiza los alcances del debate argentino en el contexto de la discusión internacional y avanza en una propuesta de reformulación teórica de la perspectiva de clase, en la que la dominación es repensada en términos holísticos, históricos, de género y no eurocéntricos, y en la que la ideología es concebida de manera no reduccionista. Hernán Camarero somete el basamento empírico de la noción de "sectores populares" en la Argentina de entreguerras a una crítica que echa nueva luz sobre sus limitaciones, al tiempo que argumenta las razones por las cuales, frente a aquel concepto, debe reestablecerse el de "clase obrera", entendida ésta de un modo complejo y multidimensional. Andrés Gurbanov y Sebastián Rodríguez ponen a prueba la lectura clasista en el análisis de la huelga metalúrgica de 1942, la participación de los comunistas en la misma y los orígenes del peronismo, esbozando un examen de la relación entre clase obrera y partido. Finalmente, el trabajo de Enrique Garguin reflexiona sobre el itinerario de la categoría de "clase media" en la cultura argentina en general y en la producción académica en particular, explorando cómo, a partir del peronismo, la representación social bipartita pueblo/oligarquía fue reemplazada por otra tripartita en la que se introdujo a una clase media resignificada.

Asimismo, incluimos dos artículos y un debate. Alberto Bonnet analiza el proceso de articulación y desarticulación la hegemonía neoconservadora en la Argentina reciente. María Teresa Bonet propone una interpretación formal de la imaginación histórico-política de Juan José Hernández Arregui, a partir de una aplicación de la metodología de Hayden White. Por su parte, Juan Hernández examina las perspectivas de dos nuevas obras sobre las coordinadoras interfabriles de los años previos a la dictadura implantada en 1976.

Finalmente, David Mayer, nos propone un perfil de André Gunder Frank, un intelectual de singular trayectoria que suscitó un debate extraordinario en la historiografía de izquierdas argentina y latinoamericana. Cierra el número la sección de crítica de libros, que hemos diseñado para continuar los temas del *dossier*.

Dossier: El concepto de clase social y su relevancia actual en los estudios históricos

Historia y lucha de clase. Repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado (y de vuelta sobre un debate ausente en la historiografía argentina)

Ezequiel Adamovsky¹

El concepto de "clase" ocupó hasta el último cuarto del siglo XX un lugar central indisputado en el análisis de la sociedad. Sin embargo, el clima intelectual que siguió al Mayo francés, reforzado luego por el ascenso de los neoconservadores y por la caída del comunismo, contribuyeron a desplazar a la clase de aquel lugar privilegiado. A las dudas respecto del papel revolucionario de los obreros se sumó el surgimiento de los "nuevos movimientos sociales" que presentaban reclamos de igualdad racial, de género o ambientales, que parecían difíciles de comprender desde una perspectiva de clase. Así, hacia la década de 1980, se comenzó a cuestionar la relevancia del análisis de clase, al tiempo que viraba el interés hacia otras regiones. Los procesos de trabajo, las divisiones sociales entendidas en términos antagonistas, la explotación, etc., perdieron su atractivo en favor de nuevos temas, como las pautas de consumo, los "estilos de vida", las identidades culturales, los discursos, etc.² Naturalmente, el marxismo se convirtió en blanco principal de ataques.

Sin embargo, mientras todo esto sucedía, dentro de la propia tradición marxista se producían exploraciones innovadoras. En el campo historiográfico hubo algunos aportes fundamentales en este sentido. Ya en la década de 1960, E. P. Thompson lanzaba un ataque contra la ortodoxia, volviendo a situar las clases como fruto de un proceso histórico, nutrido de luchas

¹ Universidad de Buenos Aires-Conicet. E-mail: eadamovs@mail.retina.ar.

² Rosemary Crompton, *Clase y estratificación: Una introducción a los debates actuales*, Madrid, Tecnos, 1994, pp. 14-15, 34, 205.

en la conciencia. Se le atribuye esta "atomización de la conciencia" x los RSS.

y experiencias contingentes, que eventualmente da lugar a la formación de una conciencia de clase específica. El desplazamiento teórico de Thompson alimentó un programa marxista de investigaciones muy fructífero en varios países. Por otra parte, en la década de 1980 los historiadores de *Subaltern Studies*, retomando ideas de Gramsci, desarrollaron la noción de subalternidad y atacaron el modo eurocéntrico en que el marxismo tradicional había comprendido las realidades de clase. En otras disciplinas, como la sociología, hubo movimientos similares en el sentido de devolver la historicidad a la categoría de clase, contra el reduccionismo "sistémico" del marxismo tradicional. Académicos si no marxistas, al menos fuertemente influidos por el marxismo, como Anthony Giddens o Pierre Bourdieu, realizaron aportes fundamentales para vincular de un modo menos unilateral las relaciones económicas con el plano de la cultura. Desde el feminismo también hubo cruces interesantes en el sentido de reconocer la dimensión de género en las diferencias de clase. Así, marxismos renovados pudieron hacer frente a las críticas al concepto de clase abriéndose camino en un doble frente: contra el reduccionismo del marxismo tradicional y contra la ciencia social neo-conservadora.³

Argentina: el debate ausente

Estas preocupaciones repercutieron en la historiografía argentina de un modo peculiar. Curiosamente, tanto la impugnación del concepto de clase, como algunas de sus reformulaciones por obra del marxismo heterodoxo, ingresaron de la mano del mismo grupo de historiadores: el círculo del PEHESA (Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana). En 1982, ese grupo inició una investigación con la hipótesis de que, en momentos de clausura política, la democracia "anida" en los sectores populares y en sus instituciones; allí resguardada, puede volver a desarrollarse en la esfera pública cuando los tiempos son más propicios.

La hipótesis se vinculaba intelectualmente con el proyecto alfonsinista. En efecto, éste necesitaba *negar* el hecho de que la democracia que estaba siendo reinstalada entonces se fundaba más sobre el *aniquilamiento* de un movimiento social antagonista, que sobre una voluntad popular "cívica" que la estuviera reclamando con insistencia. La hipótesis del PEHESA, por su parte, se topaba con un obstáculo parecido en el pasado: la evidencia de las

³ Para una puesta a punto del paradigma marxista -aunque todavía presa de algunas de sus limitaciones- véase Eric Olin Wright, ed., *Approaches to Class Analysis*, Cambridge, CUP, 2005.

intensas experiencias de antagonismo protagonizadas por las clases populares en diversos períodos, y de una cultura política caracterizada por un evidente desinterés por las instituciones de la democracia liberal. Para probar que, a pesar de esto, la democracia "anida" en los sectores populares, era entonces preciso reescribir la historia marginalizando aquellas experiencias y aquella cultura. La negación del antagonismo requería una impugnación de los usos marxistas de la categoría de clase, y de las historias centradas en la lucha de clase.

El debate lo lanzó Luis Alberto Romero con una ponencia seguida de un artículo en 1988-89, luego reimpresso en el libro *Sectores populares, cultura y política*. El artículo de Romero comienza afirmando la historicidad de las clases, y criticando a los marxistas porque leen la clase como un grupo cuyos miembros son siempre "sustancialmente iguales a sí mismos". Sostiene luego que la idea marxista según la cual los sujetos se constituyen "en torno de las relaciones sociales de producción", es correcta. Sin embargo, no puede concluirse de ello que lo que ellos piensan es simplemente un reflejo de su posición en las relaciones productivas. Es esquemático sostener que lo que existe es la realidad, y que la "ideología" es lo que la encubre, de modo que ésta se transforma simplemente en una variable de ajuste para explicar el hecho de que los sujetos no actúen como la teoría supone que deben actuar. Por ello, Romero llama a hablar de "cultura" y a reconocer las representaciones, antes que como meros "reflejos", en "su doble carácter de constituyentes del proceso social y constituidas por él". Para analizar por qué camino las "determinaciones de la estructura se convierten en formas culturales", Romero se apoya en el concepto de "experiencia" de E. P. Thompson. En tercer lugar, Romero presenta al sujeto subalterno como a la vez marcado por el poder, y con capacidad de resistencia. Apoyándose en los "estudios culturales", en la teoría de la recepción y en Gramsci, argumenta que el sujeto popular decodifica y resignifica los mensajes del poder a su modo. Es allí, en la recepción, "donde se libra uno de los combates por la hegemonía".

Hasta aquí, la crítica de Romero está en sintonía con los cuestionamientos de los usos del concepto de clase del marxismo *tradicional* que se estaban haciendo en el resto del mundo. Cierto, su uso de Thompson es muy selectivo: opone "cultura" a "ideología" (como si fueran excluyentes) de modo que ésta se elimina sin siquiera un juicio sumario; por otro lado, no menciona que, para Thompson, sin partir de la lucha de clases no puede comprenderse la formación de una clase. Así y todo, muchas de las críticas de Romero al marxismo tradicional podrían, *hasta aquí*, haber sido compartidas por el historiador británico.

v. cultura e
moneda de la (clase) elegida
de la "historia política"
(?)

En realidad, el rechazo del análisis de clase y de una visión antagonista del pasado se evidencia en el paso siguiente que da Romero, cuando propone la categoría de "sectores populares", pero más aún en su operativización a la hora de narrar la historia argentina. Romero reconoce que con decir "sectores populares" se dice "casi nada". Sin embargo, "en esa ambigüedad e indefinición" quizás haya una virtud, puesto que "manifiesta la imposibilidad de definir un sujeto *a priori*, fuera de un proceso histórico concreto". En todo proceso histórico hay tensiones que pueden llevar a diferentes segmentos sociales a agruparse o a enfrentarse con otros. Es tarea del análisis histórico concreto identificar las fronteras que, en cada caso, delimitan un campo de lo popular. Y Romero concluye: "los sectores populares no son un sujeto histórico, pero sí un área de la sociedad donde se constituyen sujetos." De allí surgen determinados "nosotros", identidades provisionales, históricas.⁴

Si hasta aquí estamos todavía en un terreno que permitiría una lectura de clase, la particular operativización de la noción de "sectores populares" que realiza Romero no deja lugar a dudas. Su descripción de la Argentina de entreguerras opera una demolición general de toda perspectiva de clase, y un borramiento de cualquier signo de antagonismo: se trata de un escenario marcado por el progreso económico, la disolución de la identidad obrera clasista que existía previamente, la expansión de prácticas de "ciudadanía" y de una cultura democrática, y un "proceso de integración de los sectores en ascenso" sin conflictos aparentes. El universo de los sectores populares se desarrolla no en las fábricas ni en los sindicatos, sino en bibliotecas públicas que difunden cultura progresista, y en clubs, asociaciones voluntarias, sociedades de fomento, etc. que promueven efectivamente sus intereses (no clasistas); viven al barrio —ya que no al lugar de trabajo—, como espacio de sociabilidad y de identificación primarias.

La negación de la perspectiva de clase que produce Romero se vio reforzada, en los años subsiguientes, en las publicaciones de los historiadores que abrazaron este programa de investigaciones. Si bien la historia de los trabajadores conoció un impulso renovado gracias a la nueva perspectiva, ya en los años noventa este interés decayó. Los historiadores tendieron entonces a migrar hacia la historia política; los problemas de la ciudadanía se transformaron en temas privilegiados.⁵ Entre quienes continuaron cultivando la

⁴ Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pp. 24-25, 28-29, 34-35, 39, 38.

⁵ Véase Juan Suriano, "Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores", en Jorge Gelman, ed., *La historia económica argentina en la encrucijada*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, pp. 285-306.

historia social, el paradigma de los "sectores populares" llevó a centrar las investigaciones en sujetos definidos como "vecinos y ciudadanos" despojados de cualquier dimensión de clase.⁶ Los novedosos estudios del consumo también proyectaron la imagen de un período caracterizado por los efectos integradores y democratizadores de la expansión del mercado.⁷ Así, las décadas de entreguerra quedaban reescritas como un paraíso de ciudadanía, democracia, integración y progreso social.⁸

Frente al nuevo paradigma, los historiadores locales que se reivindicaban marxistas reaccionaron enérgicamente en defensa del concepto de clase. Veamos brevemente las tres intervenciones principales que intentaron llevar la reflexión al terreno teórico. En un trabajo de 1990, Alberto J. Pla recupera al Thompson marxista, desvirtuado, para quien la lucha de clases es central para la definición de la clase. Sin embargo, en el desarrollo de su propia argumentación señala que las clases se forman en la "división del trabajo" que cada "modo de producción dominante" opera. Así, bajo el capitalismo "las clases principales son burgueses y obreros". La clase obrera, "se define directamente por las relaciones de producción con el capitalista en el proceso de producción"; por ello no todos los trabajadores, ni siquiera todos los asalariados, son "clase obrera". Pla no niega que existan "sectores populares", ni que el barrio sea un espacio en el que se conjuguen "protagonismos esenciales". Sin embargo, se trata de distinguir quién es quién dentro de estos conjuntos heterogéneos, en términos de sus diferentes realidades de clase. Respecto del plano de las ideas, Pla defiende la relevancia de la distinción de "clase en sí/para sí" entendida a la manera tradicional.⁹

La segunda reacción provino del círculo de Pablo Pozzi y la revista *Taller*. En una línea argumental más abierta y sutil que la de Pla, llaman a no abandonar el concepto de "clase", aun si conceden que tiene "dificultades teóricas y metodológicas" que todavía resta resolver. Reconocen que los estudios sobre trabajadores se han centrado sólo en los obreros agremiados, y que "abordaron en forma superficial el problema de la conciencia de clase".

⁶ Por ej. Luciano de Privitello, *Vecinos y ciudadanos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 37, 206-209.

⁷ Por ej. Fernando Rocchi, "Consumir es un placer: la industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado", en *Desarrollo Económico*, vol. 37, n° 148, 1998, pp. 533-558.

⁸ Esta imagen quedó "canonizada" en una de las grandes síntesis historiográficas recientes: Ricardo González Leandri, "La nueva identidad de los sectores populares", en *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000-2002, vol. VII, pp. 201-238.

⁹ Alberto J. Pla, "Apuntes para una discusión metodológica: clases sociales o sectores populares", en *Anuario (Rosario)*, no. 14, 1989-1990, pp. 7-40.

Así, critican “tanto a quienes diluyen la cuestión de clase como a aquellos que la convierten en un fetiche”. Pasando al plano propositivo, eligen sin embargo definir a una clase, a la manera del marxismo tradicional, básicamente “por su relación con los medios de producción”; en este sentido, el sujeto subalterno sigue siendo definido como obrero. Aceptan que los límites que separan las clases sociales son mucho más “difusos” y “dinámicos” que lo que la mera distinción entre propiedad y no propiedad de los medios de producción podría indicar. Sin embargo, intentan salvar la evidencia de tales limitaciones agregando hipótesis *ad hoc*. Así, por ejemplo, incluyen a los obreros no industriales o a los asalariados no obreros dentro del “proletariado” toda vez que comparten con los asalariados industriales formas de organización y de lucha, se encuentran sujetos a reglas de trabajo similares, y tienen pautas de cultura y niveles de consumo parecidos. Por otro lado, dentro de la clase trabajadora deben incluirse a las mujeres y los jóvenes, incluso si no son ellos mismos obreros, toda vez que “la definición de clase no es un problema individual sino colectivo, definido por experiencias comunes”, por lo que “la unidad mínima analítica es la familia”. La acumulación de estos criterios políticos o culturales de delimitación de una clase, sin embargo, no lleva a los autores a alterar la hipótesis principal según la cual las clases se definen por su relación con los medios productivos.¹⁰ Por lo demás, los trabajos empíricos de esta línea de historiadores han sido criticados por sostener un cierto “esencialismo” u “ontología revolucionaria” que supone que la experiencia de la clase obrera conduce invariablemente a un tipo de conciencia determinada *a priori*.¹¹

La tercera intervención fue la de Nicolás Iñigo Carrera, quien coincidió en criticar por “impreciso” el concepto de “sectores populares” (y otros similares como los de “trabajadores” o “mundo del trabajo”). A diferencia de Pla y del grupo *Taller*, Iñigo enfatiza más el hecho de que las clases “se constituyen en los enfrentamientos sociales”; la “clase obrera se hace presente, se constituye”, cuando la parte de la sociedad que sólo puede obtener sus medios de vida “bajo la forma de salario”, toma “algún grado de conciencia de su situación” y “lucha por modificarla”. Las clases sociales, concluye Iñigo, “no son ‘una cosa’, se constituyen, descomponen y recomponen” a

¹⁰ Hernán Camarero, Pablo Pozzi, Alejandro Schneider, “Eppur si muove: De la realidad a la conceptualización en el estudio de la clase obrera argentina”, *Taller*, vol. 6, no. 16, julio 2001, pp. 190-214.

¹¹ Suriano, ob. cit., p. 303; Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga, *Memorias en montaje: escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2006, p. 164.

través del tiempo. La “clase obrera”, en su opinión, ha adquirido un lugar de “centralidad” en la historia argentina a comienzos del siglo XX, lugar que mantiene hasta hoy. Para sostener esta afirmación, el autor aporta una serie de datos empíricos respecto de manifestaciones de protesta y existencia de instituciones gremiales reivindicativas.¹² La obra fundamental de Iñigo, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, constituye un notable esfuerzo por analizar un momento particular de este proceso de constitución de la clase obrera. En su libro, apoyado en un importante trabajo empírico, Iñigo llama a no tomar como un *a priori* el tipo de conciencia y las formas de acción y organización política que una clase social adopta en cada situación. Así, el trabajo recorre las transformaciones técnicas de los procesos productivos y las experiencias de vida de las clases subalternas en los barrios porteños, y analiza la evolución y adaptación de las formas de lucha de la clase obrera para situar un conflicto en particular –la huelga general de 1936– como un parteaguas. En esa situación concreta, el autor identifica la adopción de una “estrategia” por parte de la clase obrera, que consistirá en la formación de una alianza social con grupos no obreros, que le permitirá ser reconocida y tener una incidencia mayor en el plano de la política estatal. Bajo esta luz, la opción por el peronismo en 1945 deja de aparecer como una irracionalidad desde el punto de vista de los intereses de clase: se trata, por el contrario, de la adopción de una estrategia que está en sintonía con los propósitos de la clase obrera *en ese momento de su desarrollo*, y de elementos ideológicos que son el índice del grado de evolución en el que se encontraba su conciencia entonces. En efecto, Iñigo piensa la conciencia “para sí” como un proceso histórico signado por “grados” progresivos que deben concluir, eventualmente, en la aparición de la conciencia revolucionaria. Por eso, no tiene sentido preguntarse si hay o si falta “conciencia de clase” en el momento peronista, sino identificar esa opción estratégica como una necesaria “al proceso de elevación del proletariado a la condición de clase nacional, a su constitución en nación, a su lucha por el poder político”. Como las clases “sólo se plantean las metas que pueden alcanzar”, la opción de “insertarse en el sistema institucional” resulta perfectamente comprensible y en sintonía con el grado de constitución de la clase obrera de entonces.¹³

¹² Nicolás Iñigo Carrera, “La centralidad de la clase obrera en el pasado y presente de la Argentina”, en Marcelo Lagos et al., eds., *A cien años del informe Bialek Massé*, Jujuy, UNJ, 2004, pp. 267-286.

¹³ Nicolás Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires, La Rosa Blindada/PIMSA, 2000, pp. 19-20, 289-292.

Indudablemente, el concepto de "estrategia" y la forma en que Iñigo lo vincula con el problema de la formación de una conciencia obrera y con las transformaciones económicas, técnicas y políticas de una época, constituye un enriquecedor avance respecto de apropiaciones del marxismo previas. Sin embargo, a pesar de la declaración acerca de la historicidad de la formación de clases, Iñigo parte de un *a priori* nunca cuestionado: que es la experiencia obrera la que define el sujeto subalterno (a través de sus variaciones, se trata siempre y en todo momento de una clase obrera). En efecto, su libro reconstruye de manera convincente el porqué de la adopción de una estrategia política determinada por parte de los obreros. Pero lo hace ignorando, al mismo tiempo, el hecho de que en esa estrategia coincidieron también grupos no obreros. Las propias citas del libro evidencian, por todas partes, la existencia de solidaridades, identidades, y formas de lucha en común con grupos que no podrían definirse como obreros (ni siquiera como trabajadores). Si uno se tomara al pie de la letra la tesis de la historicidad de las agrupaciones de clase, la evidencia de formas de conciencia y de lucha clasistas que se expresan a través de identidades que trascienden el mundo obrero no podría ser soslayada.

Más allá de estas tres respuestas analizadas, ha abundado entre los marxistas locales el tono de denuncia para atacar al paradigma de los "sectores populares", aunque sin el acompañamiento de argumentaciones teóricas que las sostengan. En tales denuncias, suele señalarse que la única razón que explica el predominio de la historiografía de los "sectores populares" reside en el control que sus cultores ejercen sobre las instituciones de estudios superiores. La historiografía marxista (y con ella las perspectivas de clase), afirman, han sido injustamente marginadas de la vida académica.¹⁴

Indudablemente, una hegemonía académica se traduce en un acceso diferencial a los recursos que la academia ofrece. Quisiera argumentar, sin embargo, que la situación de marginalidad de las perspectivas de clase dentro del campo historiográfico argentino se debe, más que a una desventaja institucional, a las limitaciones propias de las defensas teóricas e historiográficas del análisis de clase que han hecho sus cultores hasta la fecha. Resulta notable el hecho de que en las respuestas de Pla e Iñigo no haya síntoma alguno de reconocimiento del debate internacional: no sólo no se toman en

consideración los argumentos feministas, poscoloniales, de la "historia mundial", etc., sino que ni siquiera hay referencias a los nuevos desarrollos *dentro del propio marxismo*. En efecto, el abanico de teóricos con los que Pla e Iñigo dialogan termina en un Gramsci apenas explorado.¹⁵ El curioso hecho de que haya sido la gente del PEHESA – y no los historiadores marxistas – la que introdujo, recién en los años ochenta, el marxismo inglés (cierto, con recortes) resulta sintomático de la impermeabilidad intelectual del marxismo local, y de la ausencia de una renovación comparable a la que existió en otros países.

En rigor de verdad, habría que concluir que el debate entre el marxismo y la perspectiva de los "sectores populares" *nunca tuvo lugar*. Los historiadores de esta corriente coinciden con los cultores de aquella en ignorarse mutuamente. Casi sin aludir a los hallazgos empíricos de sus adversarios, las intervenciones de los marxistas, parecen confirmar la invectiva de Romero, según la cual la clase, para ellos, es un grupo cuyos miembros son siempre "sustancialmente iguales a sí mismos" y que siempre se superpone con una categoría ocupacional en particular (los obreros). La historiografía de los "sectores populares", por su parte, se empeña en barrer bajo la alfombra la abrumadora evidencia de antagonismo social y de identidades clasistas en la historia argentina y en ignorar los aportes empíricos de los marxistas. En este diálogo de sordos, la historiografía de los "sectores populares" ha predominado *a pesar de sus evidentes limitaciones* no sólo por su control de los recursos del campo, sino porque consiguió iluminar nuevos aspectos de la vida social que la historiografía "de clase" sencillamente ha preferido ignorar. Incluso si borraron del mapa las huellas del antagonismo, el programa del PEHESA y sus retoños contribuyeron a visibilizar dimensiones de la vida social que, como el género, la ciudadanía, las identidades nacionales, el consumo, etc., resultan insoslayables para comprender el cambio social. Frente a este dinamismo, la producción historiográfica de los marxistas ha demostrado capacidad limitada a la hora de repensar el análisis de clase. En efecto, las investigaciones de esta corriente se concentraron en unos pocos temas y momentos: aquéllos en los que se hace evidente una "clase obrera" que habla y actúa de la manera que el marxismo tradicional supone que *debe* hacerlo.

¹⁴ Véase p. ej. Daniel Campione, "La hegemonía de la 'Historia Social'", en *Razón y Revolución*, n° 10, 2002; Eduardo Santelli y Agustín Santella, "CICSO: marxismo, historia y ciencias sociales en la Argentina", en *Razón y Revolución*, n° 6, 2000; Marina Kabat, "¿Sectores populares o clase obrera?", en *El Aromo*, n° 33, noviembre 2006, p. 8.

¹⁵ La respuesta de Taller incluye un reconocimiento mayor del debate internacional, pero que no llega a los principales aportes feministas o poscoloniales.

Para un programa de análisis histórico de clase

Lo que sigue es un intento de recuperar la relevancia del análisis de clase para la comprensión del pasado, teniendo en cuenta tanto las impugnaciones como los desarrollos de los últimos tiempos.

Advierta el lector que se trata de un ensayo sin la intención ni el espacio como para recorrer la inmensa literatura relevante que podría citarse; las menciones de autores se reducirán al mínimo. Quien quiera considerar que este intento se enmarca dentro de la tradición marxista (entendida como una corriente viva), puede.

1. *Un análisis holístico de la dominación de clase*

Un análisis de clase consiste en el estudio relacional de las clases sociales, y no meramente en la construcción de estratificaciones que describan diferencias de estatus, riqueza, etc. La relación fundamental que vincula a las clases bajo el capitalismo es una de dominación: esta problemática, inaugurada por el marxismo, es central para comprender lo social tanto en sus aspectos económicos como en los políticos y culturales. El marxismo tradicional,¹⁶ sin embargo, ha reducido la dominación de clase a su aspecto puramente económico, y dentro de éste, sólo al proceso productivo inmediato, y en sólo una de sus variantes realmente existentes (la labor de un obrero bajo contratación de un capitalista, a cambio de un salario). El concepto de “modo de producción”, precisamente, sirvió como marco de análisis de las formas de vida históricas, ordenadas de acuerdo a las relaciones de producción (entendidas como vínculos económicos). Desde hace décadas, dentro de la propia tradición marxista, hay intentos por ampliar los criterios para caracterizar las relaciones de clase. Como alternativa al concepto de “modo de producción”, Castoriadis desarrolló la categoría de “régimen social”,

¹⁶ Hablaremos de “marxismo tradicional” en referencia al llamado “marxismo de la Segunda Internacional” (la codificación de las ideas de Marx según la interpretación “engelsiana” de autores como Kautsky, Plekhanov, Lenin, etc.). Esta interpretación se caracteriza por un triple reduccionismo de la explicación de los fenómenos sociales: en primer lugar, a supuestas “leyes generales” modeladas según el paradigma de la ciencia propio de las ciencias duras de antaño; por otro lado, al plano de las determinaciones meramente económicas; y, por último, al itinerario histórico que experimentaron algunas sociedades de Occidente. Por razones de espacio no podremos desarrollar aquí la rica historia de los marxismos alternativos que buscaron apartarse de estos reduccionismos, y que comienza con el propio Marx. Quede claro, entonces, que las críticas al “marxismo tradicional” que aquí formulamos no deben ser leídas como críticas al marxismo como un todo, ni ignoran los aportes renovadores de una cantidad de autores marxistas que no tendremos ocasión de mencionar.

→ Lenin y el marxismo de la II Internacional

que incluía no sólo los vínculos económicos sino también los políticos y los universos imaginarios que organizan cada tipo particular de sociedad.¹⁷ Ya que no existe producción mercantil sin una determinada organización política y simbólica, carece de sentido aislar el proceso productivo de la red de relaciones a la que pertenece, y erigirlo como criterio para una taxonomía de las formas históricas de organización de lo social. Más recientemente, la tradición “obrerista” italiana desarrolló la tesis de la “fábrica social”, que sostiene que la producción del valor ya no se circunscribe a la fábrica, sino que se ha extendido al conjunto de la sociedad. La producción de mercancía presupone una densa red de interrelaciones que no son sólo económicas, sino que involucran formas de regulación política, y toda una trama de vínculos intelectuales, lingüísticos e incluso afectivos. La condición obrera se ha expandido al conjunto del cuerpo social, de modo que la sociedad misma puede comprenderse como una “fábrica social”. Se ha criticado esta formulación, sin embargo, por mantener la fábrica (es decir, el aspecto económico de la producción) como metáfora privilegiada para conceptualizar el todo social. Como sea, lo importante para nuestros propósitos es señalar que, una vez visualizado el carácter holístico de la dominación en el “régimen” o “fábrica social” capitalista, la conclusión inevitable es que las relaciones de clase —y con ellas la lucha— se extienden mucho más allá del ámbito de la producción. En la medida en que no existe mercado sin Estado, y que no existe ninguno de los dos sin un universo imaginario que los instituya y sostenga, el capitalismo es tanto un “modo de producción” como un “modo de organización política” y un “modo de control de las subjetividades”. La dominación de clase involucra no sólo a quienes trabajan directamente en la producción de mercancías, sino también a todos los que indirectamente la hacen posible y, en general, a todos aquellos cuyas vidas están sujetas a las normas de producción y reproducción de la vida social que impone el capitalismo. En estas aproximaciones teóricas, la producción sigue siendo lo determinante a la hora de comprender la sociedad; la diferencia es que ahora la producción de lo social se comprende como un proceso que es *mucho más* que mera o principalmente económico.

Traducido a prácticas historiográficas, esto supone que la lucha de clase no empieza ni termina en la clase obrera, ni se circunscribe al lugar de trabajo. Las determinaciones de clase recorren *también* los procesos políticos y culturales, esferas ambas que no pueden seguir reduciéndose a epifenómenos

¹⁷ La comprensión de la explotación dentro del marco más amplio de las relaciones de poder es algo ya ampliamente compartido: véase Stanley Aronowitz, *How Class Works*, New Haven, YUP, 2003.

de lo económico. Las formas políticas, la legislación, la cultura, etc. son factores productores de clases a la vez que son moldeados por ellas. Resultaría fundamental retomar bajo esta luz, por ejemplo, el largo debate acerca de la relación entre ciudadanía y clase. Tanto la extensión y límites de la primera, como las diversas formas que ha adoptado a lo largo del tiempo, son a la vez condicionadas por, y condicionantes de, la lucha de clase. Por ello, los combates por el establecimiento de las condiciones de acceso al juego político pueden ser también formas de lucha de clase, incluso si no se expresan en un lenguaje explícitamente clasista. Lo mismo vale para las luchas por controlar la definición de la nacionalidad que, directa o indirectamente, condiciona el acceso a los derechos políticos.

Utilizado en este sentido holístico, un análisis de clase del pasado argentino permitiría, por ejemplo, estudiar la formación paralela del Estado y del mercado, y las luchas anticapitalistas presentes antes de la aparición de una clase obrera industrial (la desarticulación de las formas de política plebeyas para imponer la forma Estado, las resistencias antiestatales a que esto dio lugar, las posteriores luchas por la apropiación y definición de la ciudadanía, etc.) como formas de lucha de clase propias del capitalismo. La expansión de la escuela y, más tarde, de la publicidad y las pautas de consumo dictadas por el mercado, y la consiguiente expropiación del control de la propia subjetividad, podrían analizarse también como lucha de clase, para encontrar las huellas de la resistencia subalterna a estos procesos. Con una perspectiva así —retomando el ejemplo del período de entreguerras— podríamos iluminar las tensiones de clase visibles no sólo en las huelgas, sino también aquéllas que marcan el mundo barrial: las formas de opresión de clase que el propio discurso del “progreso social” y la expansión de la cultura letrada como “empresa cultural” de la élite contribuyeron a instalar. Vistas desde arriba, puede que las bibliotecas barriales y las sociedades de fomento fueran vectores de progreso e integración; a través del tamiz del análisis de clase, sin embargo, puede que se nos aparezcan como aparatos de disciplinamiento y subalternizaban de los “incultos”, los guarangos, los fracasados, los desaseados, los inmóviles, en definitiva, los pobres. La revancha contra la ilustración y los buenos modales de las masas peronistas ya no se nos aparecerá, así, como un simple malentendido, sino una forma de lucha de clase tan “proletaria” como una huelga.

2. Un análisis mundial (no-eurocéntrico) de la dominación de clase

El pensamiento crítico y la historiografía de las últimas décadas han señalado las limitaciones que tiene una comprensión de la historia que ha tomado

como modelo general de desarrollo lo que es tan sólo la realidad de Europa occidental. La crítica poscolonial ha demostrado de qué manera las narrativas eurocéntricas de la historia que circulan en la academia han servido para organizar simbólicamente y para proveer justificación política y moral a la empresa imperialista, privando a los pueblos no europeos de tener una historia propia. En su lugar, convierten a las historias de la periferia en una serie de justificaciones para explicar su “fracaso” en el camino del progreso y la modernización. La floreciente perspectiva de la “Historia mundial”, por otra parte, viene insistiendo sobre la necesidad de comprender *en su diversidad global* los procesos productivos y políticos que el capitalismo involucra. Las formas políticas y económicas de Europa occidental deben entenderse como sólo una de las variantes presentes en un sistema-mundo en el que éstas se articulan simbióticamente con otras: las formas no-libres de trabajo, y la inestabilidad y mayor violencia de los procesos políticos en las periferias. Desde diversas perspectivas se viene llamando, entonces, a “provincializar a Europa” y a someter a rigor crítico todos los conceptos que la ciencia social ha desarrollado teniéndola como modelo implícito.¹⁸

Modelizado a partir de la experiencia europea, el andamiaje conceptual marxista no ha escapado del alcance de estas críticas. Por ello, reconociendo los riesgos del eurocentrismo, Marcel van der Linden ha producido recientemente un convincente intento por reformular el concepto marxista de clase. Marx, sostuvo el holandés, pensaba que la única forma propiamente capitalista bajo la que la fuerza de trabajo se transforma en mercancía era aquélla del *trabajo libre asalariado*. El trabajador, según esta hipótesis, es un individuo libre que vende su fuerza de trabajo a un patrón en forma exclusiva, ya que ha sido despojado del control de sus propios medios de producción. De allí se deriva un “concepto estrecho de clase”, ya que transforma al tipo de vínculo laboral de la Europa decimonónica en la “clase obrera” del sistema capitalista. Sin embargo, no hay razón para asumir que, para transformarse en mercancía, la fuerza de trabajo sólo pueda ser vendida por la persona que la posee *porque la encarna*. ¿Por qué no pensar que podría ser vendida, en cambio, por una persona que la posee sin encarnarla (por ejemplo, el dueño de esclavos que los ofrece en contrato temporal a un empresario)? Si lo que importa a la producción capitalista es poder apropiarse de la fuerza de trabajo de los trabajadores para valorizar capital, entonces no hay ninguna necesidad de suponer que esa apropiación deba hacerse *siempre* bajo la forma

¹⁸ Véase Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, PUP, 2000.

de trabajo que se contrata libre e individualmente. En el capitalismo realmente existente (es decir, tomando las periferias como parte del capitalismo en pie de igualdad con el centro) han existido diversas formas de valorización del capital a partir de trabajo no-libre o semi-libre. Por otro lado, la definición clásica supone que alguien que posee medios de producción propios (p. ej. un campesino que cultiva en su propio lote, o un trabajador autónomo) no forma parte de la clase obrera. Sin embargo, del análisis histórico surge que tanto campesinos como autónomos pueden trabajar también parte de su tiempo como asalariados, y que un patrón puede encontrar otras formas no-salariales de apropiarse de su trabajo, de modo que no existe una separación tajante y permanente entre un trabajador desposeído y otro propietario de medios de producción. Lo mismo puede decirse de la porosa frontera que separa al trabajador del lumpenproletariado. Asimismo, y dado que muchos trabajadores suelen ser parte de grupos más amplios con los que cooperan (por ejemplo una familia en la que la común manutención se realiza mediante una división de tareas en las cuales algunos se contratan como asalariados y otros no), resulta inconducente separar tajantemente el trabajo libre asalariado de otras formas de trabajo que contribuyen a la valorización del capital. Las transiciones y superposiciones entre las varias y fluidas formas de apropiación del trabajo bajo el capitalismo son tales, que un concepto "estrecho" de clase obrera resulta inapropiado. Por otro lado, las formas de lucha de los obreros asalariados y los de otras categorías de trabajadores han tenido en la historia muchas similitudes (para no hablar de solidaridades concretas). Por todo esto, en lugar de "clase obrera", van der Linden propone hablar de una clase de "trabajadores subalternos" más incluyente de la variedad de modos en los que el capitalismo convierte el trabajo en mercancía. Lo que tienen en común, a pesar de sus diferencias, es que todos están en un estado de "heteronomía instituida" (Castoriadis), es decir, privados de la posibilidad de una vida social autónoma. Esta privación se organiza a través de un conjunto de condiciones de despojo y de opresión cristalizado como una estructura material e institucional de la economía, del poder y de la ideología. Esta estructura separa una categoría social y la coloca en situación dominante respecto del todo social. Así, van der Linden concluye, la carencia de medios de producción no es condición única del estatus proletario: "Todos aquellos cuya fuerza de trabajo es vendida o entregada a otra persona, sea por medio de formas de coerción económica o extraeconómica, pertenecen a la clase de los trabajadores subalternos, sin importar que sean ellos mismos u otros los

El "trabajador subalternos"

que venden o entregan esa fuerza de trabajo, y sin importar que ellos sean o no propietarios de medios de producción."¹⁹

Retomaremos aquí este planteo, aunque cambiando la denominación inclusiva propuesta por la de "sectores subalternos" o "clases subalternas", para así evitar reducir la totalidad holística de la dominación de clase a su aspecto puramente económico. A diferencia de "sectores populares", designarlos "subalternos" hace indudable, desde el nombre mismo, que están definidos por una relación de dominación.

Si acordamos en que en el capitalismo como sistema-mundo existen diversas formas de organizar e instituir la dominación de clase, se abre ante nosotros la posibilidad de un análisis concreto y situado de la formación de las clases. En efecto, el capitalismo ha utilizado en distintos períodos y regiones una variedad de diferencias entre grupos sociales para asentar en ellas jerarquías de clase. En la India, por ejemplo, las relaciones capitalistas de clase no sólo no desplazaron a las castas, sino que se apoyaron en ellas para abrirse paso (durante un tiempo las hicieron incluso más fuertes que en la sociedad "tradicional"). Asimismo, por todas partes el capitalismo ha utilizado las diferencias étnicas o religiosas para construir sobre ellas jerarquías sociales en las que apoyar las clases. En muchas sociedades contemporáneas se mantienen perdurables diferencias raciales en el acceso a empleos y recursos básicos. Teniendo todo esto en cuenta, un análisis de clase no-eurocéntrico no puede partir de identificar las clases fundamentales a partir de la experiencia europea, sino que debe poder visualizar en cada configuración social concreta las formas particulares en las que se instituye la dominación de clase.²⁰ Para ponerlo en términos del debate historiográfico en Argentina, el análisis de clase debe estudiar los caminos por los que se fueron configurando y reconfigurando las clases desde la época de la colonia, en sus variados espacios rurales y urbanos, sin medirlas con la vara de la "verdadera" clase obrera (que por omisión se identifica con la que forman los inmigrantes europeos). Asimismo, no es posible seguir ignorando que la división de clases en Argentina estuvo y sigue estando fuertemente *racializada*. Cualquier persona sabe que no es lo mismo ser un "negro" que no serlo; un simple recorrido por cualquier zona pobre revela inmediatamente la superposición casi perfecta entre color de piel y clase social. Los apelativos raciales y el

¹⁹ Marcel van der Linden, "Globalising the Working-Class Concept" (2003), en <http://www.iisg.nl/labouragain/debate.php>.

²⁰ Un interesante intento en este sentido en John T. Chalcraft, "Pluralizing Capital, Challenging Eurocentrism: Toward Post-Marxist Historiography", en *Radical History Review*, vol. 91, winter 2005, pp. 13-39.

racismo forman una parte central de la vida cotidiana, y tienen un papel fundamental en la conformación de identidades de clase. De hecho, resulta verdaderamente asombroso que ni los historiadores liberales ni los marxistas hayan dicho hasta ahora una sola palabra sobre este hecho.²¹ Un análisis de clase que visualice el antagonismo racializado podría dar respuestas mucho más satisfactorias sobre la manifestación también racializada de la lucha de clase en momentos como, por ejemplo, la "organización nacional". Piénsese si no en la convocatoria a inmigrantes europeos para que reemplacen a esa plebe local que los próceres consideraban racialmente inferior y un obstáculo para el desarrollo del capitalismo (y en las formas de resistencia "xenófobas" que tal visión alimentó entre los criollos). O piénsese en el peronismo: la revancha de los "cabecitas negras" contra la Argentina blanca/burguesa en 1945, y la de ésta contra la "negrada peronista" en 1955, ya no aparecerán quizás como aspectos meramente anecdóticos, sino como elementos cruciales que un análisis de clase puede ayudar a iluminar.

3. Un análisis de género (no-androcéntrico) de la dominación de clase

El análisis de clase con frecuencia ha sido ciego a las determinaciones de género que atraviesan el antagonismo social. La propia elección de la categoría ocupacional como criterio de recorte de grupos sociales "masculiniza" de hecho la comprensión de lo social. Esto sucede no sólo porque los estudios estadísticos han solido tomar la ocupación del varón como indicador de la clase social de "su" mujer, sino porque la propia estructura ocupacional de toda sociedad tiene un fuerte sesgo de género. Como efecto de un criterio tal se invisibiliza la situación de clase propia de las mujeres. Por ejemplo, suele considerarse la distinción entre trabajo manual e intelectual como central a la hora de distinguir la clase obrera de los "sectores medios", ya que los empleos "intelectuales", se supone, ofrecen mayores posibilidades de ascenso social. Sin embargo, la mayor parte del trabajo no-manual de las mujeres se reparte en empleos que no ofrecen ni remotamente tales posibilidades (docente, secretaria, etc.). Asimismo, en la distribución de empleos manuales la clase obrera (que por omisión se supone que es *industrial*) es de composición

mayoritariamente masculina, quedando los puestos no-industriales, como los de limpieza y servicio doméstico, en manos mayoritariamente femeninas.²²

Por otra parte, el sesgo androcéntrico del análisis de clase también oscurece los antagonismos de género que existen en el interior de las unidades domésticas y el modo en que éstos se vinculan con el antagonismo de clase en general. En la teoría marxista clásica, por ejemplo, se caracterizaba el vínculo salarial como uno que involucraba básicamente a dos actores: el trabajador intercambia su fuerza de trabajo con su empleador a cambio de dinero, que luego utiliza para comprar bienes de consumo mediante los cuales reproduce su fuerza de trabajo, que luego vuelve a vender al empleador, etc. Así, quedan claramente separados dos momentos de producción y de consumo. Sin embargo, como vienen señalando las feministas desde hace décadas, el trabajador no "compra" sencillamente lo que consume para su sustento, sino que éste todavía involucra toda una serie de producciones que son las que suelen realizar las mujeres en el hogar (cocinar, remendar, limpiar, etc.). Por otra parte, la reproducción de la fuerza de trabajo no supone sólo el alimento del trabajador actual, sino dar a luz y criar futuros trabajadores, tareas también feminizadas. La producción que se lleva a cabo en la unidad doméstica, de este modo, es tan crucial para la valorización del capital como la que se realiza dentro de la fábrica. ¿Por qué se tipifica entonces sólo una de ellas como propia de la "clase obrera"?²³

Las complejas vinculaciones entre género y clase siguen siendo materia de debate. El propio feminismo marxista ha dado pasos importantes para elucidar el problema. Heidi Hartmann, por ejemplo, propuso considerar las diferencias de género también desde el punto de vista económico, como el establecimiento de una división del trabajo entre dos tipos de trabajador que se necesitan mutuamente. Aunque se haya anunciado durante años que el capitalismo disolvería el patriarcado, la realidad histórica demuestra que, al menos en principio, lo fortaleció; aún hoy el sistema descansa en la división patriarcal del trabajo de reproducción de la mano de obra. La producción doméstica sigue siendo más "barata" que la provisión de ese tipo de servicios a través del mercado o del Estado.

Las familias, como sitio en el que tienen lugar aspectos fundamentales de la producción, están por ello marcadas no sólo por el afecto y la cooperación, sino también por la coerción y por luchas por el reparto y control de esa

²¹ Entre los sociólogos tampoco abunda la atención a este aspecto, aunque algunas voces lo han señalado al menos como un problema: véase Mario Margulis et al., *La segregación negada*. Buenos Aires, Biblos, 1998.

²² Crompton, *Clase y estratificación*, op. cit., pp. 114, 124-128, 133-134; Michelle Stanworth, "Women and Class Analysis: A Reply to John Goldthorpe", en *Sociology*, vol. 18, n° 2, 1984, pp. 159-170.

²³ Van der Linden, "Globalising?", ob. cit.

producción. El resultado de esas luchas incide en (a la vez que es afectado por) los procesos políticos y económicos que suceden por fuera del ámbito doméstico, a través de complejas vinculaciones.²⁴ Todavía nos queda mucho por saber acerca de la manera en que, por ejemplo, las luchas de las mujeres por tener control de sus cuerpos, por compartir el trabajo doméstico y la crianza de los niños con los varones, por utilizar los lazos familiares también como soporte para sus propios proyectos, etc., afectan la estructura económica general y la lucha de clase (por ejemplo, a través de modificaciones en el mercado de trabajo, en la expansión de la oferta de servicios de alimentación y cuidado por parte del mercado o el Estado, en la legislación laboral, etc.), y viceversa.²⁵

Un análisis que vincule clase y género podría echar luz también sobre algunos aspectos culturales, por ejemplo: ¿cómo se vinculan los ideales de “respetabilidad” de clase que propagaba la cultura ilustrada en la Argentina de entreguerra con los modelos de “decencia” familiar y represión sexual que frecuentemente venían de la mano? ¿Qué afectaciones de clase podrían reconocerse en la imagen de la “mujer moderna” que alivia su trabajo comprando los nuevos electrodomésticos que ofrecía insistentemente la publicidad de esa época? ¿Qué vinculaciones podrían encontrarse en la tecnificación paralela de los trabajos industrial y doméstico?

4. Un análisis histórico de la dominación de clase

Un análisis de clase verdaderamente *histórico* requiere dejar de concebir el capitalismo y las clases como realidades que existen en abstracto, para pasar a concebirlos como *procesos*. Se trata de tomarse seriamente la tesis thompsoniana según la cual las clases no existen como entidades sociales preconstituidas que entran en lucha, sino que es la propia lucha de clase la que las constituye. La lucha de clase es una realidad primordial que *precede* y moldea a las clases sociales. El llamado “marxismo crítico” ha desarrollado recientemente las implicancias teóricas de esta hipótesis. La dominación supone un constante *proceso de clasificación*, es decir, de separación y ordenamiento de diferencias para constituir jerarquías de poder en las cuales apoyar el dominio de clase. Por ello, la lucha de clase “es la lucha por clasificar y contra ser clasificados al mismo tiempo que, inseparablemente, la lucha

²⁴ Heidi Hartmann, “The Family as the Locus of Gender, Class, and Political Struggle: The Example of Housework”, en *Signs*, vol. 6, n° 3, 1981, pp. 366-394.

²⁵ Aunque no podamos más que mencionarlo aquí, lo mismo vale para las vinculaciones entre capitalismo y homosexualidad.

entre clases constituidas”. Toda práctica social “es un incesante antagonismo entre la sujeción de la práctica a las formas fetichizadas, pervertidas, definidoras del capitalismo, y el intento de vivir contra-y-más-allá de estas formas”. Como concluye John Holloway, “nosotros no luchamos como clase trabajadora, luchamos en *contra* de ser clase trabajadora, en contra de ser clasificados”.²⁶

Si esto es así, ya no es posible pensar en un sujeto que se mantenga “intacto” por fuera del proceso de clasificación: aquellos que hemos sido clasificados por el capital, también clasificamos; llevamos como sujetos la tensión interna de ser de una clase (y de reforzar por ello las barreras que nos separan de los demás), y de luchar al mismo tiempo por trascenderla. La lucha de clase es en cierto sentido, además de una lucha contra la clase dominante, una lucha contra nosotros mismos en tanto sujetos clasificados/clasificadores.

¿Pero quién es, entonces, ese “nosotros” del que habla Holloway, que precede a la condición de clase? Tanto teóricos como historiadores han comenzado a utilizar, desde hace algunos años, el discutido concepto de “multitud” para referir al todo cooperante que produce la vida social más allá y por debajo de sus divisiones en clases diversas, y que resiste el proceso de clasificación capitalista (a la vez que está atravesado por él) de múltiples maneras.²⁷ Multitud, han aclarado sus teorizadores con insistencia, es un concepto de clase: su carácter múltiple la opone a la reducción a lo Uno, que es lo que constantemente intenta operar el poder. Tal como “clase obrera”, “multitud” remite a una realidad sociológica definida por una relación política antagonica. A diferencia de “clase obrera”, sin embargo, “multitud” es una categoría abierta e inclusiva de una diversidad de situaciones ocupacionales y sociales.

Concepto básicamente filosófico, abstracto y universal, la categoría de “multitud” no está pensada para que pueda operativizarse en un análisis histórico concreto.²⁸ Más que un sujeto social concreto, la multitud es un *punto de vista* desde el cual situarse para percibir los procesos de clasificación, desclasificación y reclasificación que marcan la vida del capitalismo. Es, precisamente, el lugar desde donde se hace evidente el carácter histórico (y por ello cambiante) de las clases sociales. Sólo desde ese lugar puede el historiador comprender por dónde pasan las líneas divisorias de clase en un

²⁶ John Holloway, ed., *Clase≅Lucha*, Buenos Aires, Herramienta, 2004, p. 79.

²⁷ Sobre el uso del concepto de “multitud” en trabajos historiográficos recientes, véase Van der Linden, “Globalising?”

²⁸ Se ha criticado, con razón, el sesgo esencialista en la caracterización de la multitud que realizan Hardt y Negri. No tendremos ocasión de reseñar aquí el amplio debate respecto de ese concepto; valga aclarar, sin embargo, que hay disponibles otras formulaciones que, como la de Paolo Virno, evitan aquel sesgo.

momento preciso, y cuáles y cómo son los sujetos sociales principales que se configuran entonces.

¿Cómo pensar en concreto, desde este punto de vista, la formación de sujetos históricos más o menos unificados a partir de la multiplicidad primordial? La respuesta del marxismo tradicional ha sido sencillamente ignorar la multiplicidad, y subsumir toda lucha de clase a cierto tipo de luchas de una categoría ocupacional específica (los obreros industriales). En un reflejo opuesto, algunos "posmarxistas" apostaron a explicar la formación de sujetos como efecto de una "articulación hegemónica" de diferencias, concebida como una operación puramente discursiva. Desde esta perspectiva, no existen condicionamientos estructurales que permitan saber a priori (es decir, antes de la operación discursiva de articulación) cuál de las "demandas" que encarnan diferentes grupos sociales será la que logre hegemonizar un campo popular, dotándolo así de unidad y convirtiéndolo en sujeto político.²⁹

Sostendré que un análisis histórico de clase debe retomar la problemática gramsciana de la articulación hegemónica, pero sin prescindir (al contrario del "posmarxismo"), de un anclaje explicativo en los antagonismos *estructurales*. Para avanzar en este camino —y para devolver a la idea de "hegemonía" el matiz clasista que algunos de sus usos recientes le han borrado— resulta útil repensar el concepto de "composición de clase", desarrollado a partir de las décadas de 1960-70 por el marxismo "obrerista" italiano.

En su formulación original, "composición de clase" refería a la manera en que se vinculan las formas de lucha de los obreros con la forma particular que adquiere el proceso productivo en un momento determinado. Los italianos distinguían dos aspectos de este vínculo: por un lado, la composición "técnica" de la clase refiere a la manera específica en que el capital organiza el trabajo de los obreros (cómo se dividen las tareas entre diversos grupos de trabajadores, cómo se distribuye la calificación y el uso de maquinarias, en qué sectores se agrupan diferentes fases de la producción, etc.). Por otro lado, la composición "política" de la clase refiere al modo en que los obreros, a partir de la particular composición "técnica" a la que están sujetos, organizan la lucha y "componen" las divisiones a que aquélla los somete en un movimiento de clase unificado. Comprender la "composición de clase" permitía, así, entender cómo el capital debe constantemente reorganizar la composición técnica de la clase, para poder hacer frente al desafío de su composición política. Estas reorganizaciones buscan generar condiciones para llegar a nuevas "tréguas" en la lucha de clase que son, sin embargo, siempre

²⁹ Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1987.

parciales y temporarias. Para dar un ejemplo clásico, el taylorismo fue una reorganización del proceso productivo operada por el capital para hacer frente a la resistencia de los obreros que se habían organizado en sindicatos *por oficios*. El capital debió fragmentar el proceso productivo para "descalificar" a parte de los trabajadores y quebrar la organización por oficios. A su vez, en la fase fordista los trabajadores reorganizaron su resistencia a partir de sindicatos *por rama* de la industria y de agrupamientos políticos con capacidad de incidir en la política nacional. El capital respondió entonces, desde la década de 1970, fragmentando el proceso en unidades fabriles más pequeñas, tercerizando la producción y relocalizando sus segmentos más intensivos en mano de obra en países del tercer mundo. Cada cambio en la "composición de clase" no sólo significó cambios en el proceso productivo, sino también en el modo en que la resistencia se articuló, y en el tipo de trabajador que motorizaba la recomposición política de la clase como un todo: el obrero "profesional" antes del taylorismo, el "obrero masa" descalificado en la fase fordista, y el "obrero social" con una recalificación polivalente en la actualidad. Según la hipótesis de los italianos, cada una de estas figuras hegemonizó en su momento las luchas de toda la clase obrera, unificándola en modelos de organización y estrategias políticas adaptadas a los requerimientos y posibilidades de cada época. El concepto de "composición de clase" abre las puertas para pensar procesos de articulación hegemónica que, sin dejar de ser eminentemente políticos, permanecen anclados en realidades estructurales.

En tiempos recientes, la tesis de la "composición de clase" ha sido justamente criticada por reducir la comprensión de este proceso al terreno de la producción económica. A la luz de lo que discutimos en los apartados anteriores, podríamos ensayar una ampliación de aquella tesis, de modo que sirva para un análisis de clase *holístico*. Porque resulta indudable que el capital no sólo se vale de modificaciones técnicas del proceso productivo para reestructurar su dominio, sino también de reordenamientos políticos y del aparato de Estado, y de operaciones en el plano del control de las subjetividades *a nivel de la sociedad toda* (y no sólo dentro de la fábrica). Y también las clases subalternas despliegan recursos de resistencia que van más allá del proceso productivo: construyen formas de subjetividad que exceden las identidades laborales, y a menudo utilizan el ámbito de la política estatal para ensayar formas de articulación.

Redefiniremos entonces "composición de clase" como la manera en que se vinculan las formas de lucha de las clases subalternas con la forma particular que adquiere el régimen social en un momento determinado. En lugar

- *Judeo Steve*
y cambio técnico.

- El obrero técnico y el obrero de la

de limitarse a alterar meramente los aspectos técnicos del proceso productivo, diremos que el capital opera reorganizando constantemente los "regímenes de clasificación" mediante los que separa, enfrenta entre sí y disciplina al todo cooperante que llamamos sociedad. Su objetivo, ante cada fase de recomposición de las luchas subalternas, es convertir el antagonismo fundamental en una contradicción "negociable" dentro del marco del sistema. Esto involucra movimientos puramente técnicos/económicos, pero también modificaciones de la estructura institucional/estatal y operaciones en el plano de las subjetividades. En la medida en que la clasificación se mantiene sólida, el régimen gestiona sin grandes dificultades los reclamos particulares de cada grupo o "clase": un aumento de sueldo para los obreros, un subsidio para los desempleados, protección antimonopólica para los pequeños comerciantes, más seguridad para los vecinos, etc. Por ello, y en sentido inverso, la "composición política de clase" de las clases subalternas opera articulando las diferencias mediante prácticas, discursos y formas organizativas que *desbordan* las divisiones de clase en las que descansa el régimen social. Estas formas de "desclasificación" a menudo se presentan como una búsqueda de vínculos de solidaridad política que trascienden las divisiones ocupacionales, pero que *se construyen a partir de las propias líneas de reestructuración del régimen social* en cada momento. Estas búsquedas pueden ser más o menos radicales en su cuestionamiento global del capitalismo: pueden construir una identidad "clasista" y un proyecto político revolucionario que apunte a una sociedad "sin clases" o, en un sentido más moderado, apoyarse en una identidad nacional para reclamar una "ciudadanía social" más inclusiva e igualitaria. Tanto el tipo de identidad en la que cristalice la lucha de clase en un momento particular, como los segmentos de las clases subalternas que se compongan detrás de una estrategia política concreta, serán el resultado de un proceso de composición de clase marcado tanto por los movimientos del capital y de la elite como por la experiencia e iniciativas concretas de las clases subalternas. Si bien la lucha de clase es immanente a toda sociedad de clase, las formas concretas que asume la resistencia y la composición política del/los sujeto/s que la encarna/n son radicalmente *históricas*. En otras palabras, nunca puede establecerse en abstracto por dónde pasará la línea que separe a dos bloques sociales antagónicos, qué grupos socio-ocupacionales son los que se compondrán en una estrategia y cuál de ellos hegemonizará a los demás. La tarea del historiador es la de saber "leer" en perspectiva los determinantes estructurales y la experiencia histórica sedimentada, de modo de comprender cómo operan moldeando la política concreta tanto de la elite

como de las clases subalternas. Ni la una ni las otras emergen "iguales a sí mismas" luego un proceso de composición y de lucha concreta.

Bajando esta discusión a términos historiográficos, podría ensayarse un análisis de clase de la reestructuración del capital en la Argentina de entreguerras. Con una masa trabajadora urbana de orígenes étnicos diversos, escasamente nacionalizada, abrumadoramente masculina y con una vida doméstica relativamente poco "familiar", las luchas del período fueron hegemónicas a principios del siglo XX por los obreros varones en sindicatos "de oficio", de afiliación anarquista. Los ideales subversivos desarrollados como parte de las luchas de entonces no se limitaban a la clase obrera: en las dos primeras décadas del siglo no era extraño ver manifestaciones de empleados de comercio cantando *La Internacional*, comerciantes haciendo huelga, estudiantes proclamando "soviets" e, incluso, policías en huelga solidarizándose con los obreros.

En este contexto explosivo, la reestructuración del dominio del capital se realizó en varios frentes. Por supuesto, la expansión del taylorismo fue parte del proceso. Pero también lo fueron los esfuerzos de la elite por atraer a la población al ejercicio del voto (para desactivar las formas directas y colectivas de acción política), la "nacionalización" por medio de la escuela (para debilitar las solidaridades "cosmopolitas"), y la modificación de la estructura estatal con reparticiones especiales encargadas de dar respuestas focalizadas a los reclamos obreros, y de expandir sus funciones de "providencia" (para evitar los "desbordes" de las demandas de clase). Simultáneamente, el mercado, la publicidad, la escuela, las industrias culturales en general, y otras instituciones, operaron creando pautas de consumo y de "respetabilidad" que dividieron y racializaron profundamente a la masa urbana. Estas operaciones sobre la subjetividad subalterna crearon barreras de desconfianza y desprecio entre diversos grupos, y contribuyeron a un proceso general de "descolectivización" de la vida social. Para decirlo de otro modo, crearon formas de vida, escalas de ingresos, normas de consumo, pautas de "decencia", patrones de residencia, etc., que apuntaban al aislamiento de los individuos o de las familias, y al debilitamiento de todo vínculo social que no fuera el organizado por el Estado y el mercado. Lejos de la "leyenda rosa" que sobre esos años han difundido algunos historiadores, la sociedad asistía entonces a un desgarrador proceso de reclasificación.

La resistencia subalterna se hizo sentir de diversas formas entre diversos grupos sociales en todo el país. Aquí sólo mencionaremos un aspecto en referencia a los trabajadores urbanos. Ante el hecho consumado de la expansión

de la ciudadanía y de las funciones del Estado, la estrategia y las organizaciones anarquistas pronto decayeron, reemplazadas por otras alternativas de lucha que se articulaban en el espacio nacional/estatal. Por un lado, las corrientes sindicalistas que privilegiaban la negociación con el Estado ganaron posiciones. Por otra parte, la política estatal de cuño marxista comenzó a ganar ascendencia sobre obreros, estudiantes, profesionales, y otras categorías sociales. Por otro lado, secciones de las clases subalternas (obreros y no obreros) comenzaron a hacer apropiaciones “subversivas” de la ciudadanía política y de la nacionalidad para explorar modos de composición política a la altura de las circunstancias. Incluso desde sectores minoritarios de la UCR se insinuaron formas de política electoral y relecturas de la tradición nacional “plebeyas” y con contenido clasista, que anticipaban, en algunos aspectos, al peronismo.³⁰ Por todas partes (y no sólo entre obreros fabriles sindicalizados y socialistas), luchas de clase que definieron las alternativas del cambio social y constituyeron el perfil social de sus agentes.

5. Un análisis no-reduccionista de la ideología y de las culturas de clase

Ya hemos señalado que la historiografía de los “sectores populares” ha sido incapaz de percibir cuánto de ideología de clase, de proyecto disciplinador, y de exclusión implícita había en esa idealizada cultura “progresista” de entreguerras. Pero es necesario decir que quizás sea en el análisis de la cultura y de la ideología donde las perspectivas de clase han tenido sus intervenciones menos lucidas. Los historiadores marxistas locales sólo parecen reconocer una cultura o conciencia “de clase” entre los obreros, y únicamente allí donde hablan con las palabras y actúan con las costumbres de sus pares europeos. Cualquier otro elemento cultural –desde las identidades nacionales, hasta las lealtades hacia líderes o partidos no obreros– cae en el barril sin fondo de la “ideología” (entendida como “falsa conciencia”), o, en el mejor de los casos, se interpreta como una estadio “poco desarrollado” de una “conciencia para sí” cuyo contenido se conoce de antemano.

La reformulación del concepto de clase que venimos ensayando aquí requiere una comprensión de la(s) cultura(s) de clase y de la ideología que sea acorde. Luego de la profunda crítica a la que el posestructuralismo sometió al concepto de ideología, es imposible seguir sosteniendo que a cada posición estructural de clase corresponde una (y sólo una) cultura específica y homogénea, o que la ideología es un enmascaramiento de la “verdad”. Dentro de la tradición marxista se vienen ensayando visiones alternativas.³¹ Entre otros,

Slavoj Žižek ha propuesto redefinir el concepto de ideología alejándolo de cualquier sentido que implique que se trata de una “ilusión” o visión “equivocada” de la realidad. Lo que hace “ideológica” a una expresión cultural no es el contenido de lo que dice (si es falso o verdadero), sino “*el modo como este contenido se relaciona con la posición subjetiva supuesta por su propio proceso de enunciación*”:

Estamos dentro del espacio ideológico en sentido estricto desde el momento en que este contenido –“verdadero” o “falso” (si es verdadero, mucho mejor para el efecto ideológico)– es funcional respecto de alguna relación de dominación social (“poder”, “explotación”) de un modo no transparente.³²

Así definido, el concepto de “ideología” resulta insustituible para el estudio de esa relación entre mensajes y relaciones de dominación, una región a la que el mero concepto de “cultura” no llega. Pero también permite analizar el modo en que en el propio lenguaje típicamente “de clase” pueden percibirse operaciones ideológicas que llevan las huellas de la élite. Por dar un ejemplo, muchas publicaciones anarquistas y comunistas perfectamente obreristas y revolucionarias están, sin embargo, plagadas de los mensajes de temperancia y disciplina, y de las imágenes racializadas de lo que es un comportamiento “civilizado” que proyectaban la clase dominante y el sistema escolar argentinos. El proceso de “clasificación” del que hablábamos más arriba operaba así desde los propios sujetos sometidos a él, subalternizando a parte de los trabajadores. De modo similar, abunda en las apelaciones “obreristas” de socialistas y comunistas ese “anticapitalismo de clase profesional-gerencial” del que hablan Barbara y John Ehrenreich, que más que a la emancipación de los trabajadores apuntaba a un mundo dirigido “científicamente” por la élite de “los que saben”.³³ Un análisis de clase que se valga de un concepto de ideología así redefinido resultaría fundamental para comprender las complejas operaciones subjetivas que realiza todo régimen social para reestructurar su poder, y para visualizar cómo éstas dividen y dejan sus marcas en las propias clases subalternas.

³¹ Siniša Malešević y Iain MacKenzie, eds., *Ideology After Poststructuralism*, Londres, Pluto Press, 2002.

³² Slavoj Žižek, ed., *Ideología: un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE, 2003, p. 15.

³³ Barbara y John Ehrenreich, “The Professional-Managerial Class”, en Pat Walker ed., *Between Labor and Capital*, Boston, South End Press, 1979, pp. 5-45.

³⁰ Véase Matthew Karush, *Workers or Citizens: Democracy and Identity in Rosario, Argentina (1912-1930)*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2002.

Por otro lado, como han señalado los historiadores de *Subaltern Studies*, los sujetos subalternos construyen identidades, lenguajes, formas organizativas, etc. con la materia prima de la cultura en la que están inmersos. Muchas veces un antagonismo de clase puede expresarse a través de imágenes religiosas, identidades étnicas o nacionales, o echar mano de tradiciones organizativas "caudillistas" o carismáticas. No tiene sentido medir siempre la diversidad de las culturas de clase según la vara de la cultura de la clase obrera de la Europa del siglo XIX (como si el contenido de una "conciencia de sí" correcta, "evolucionada", debiera ser siempre idéntico al europeo). La ausencia de instituciones o vínculos políticos contractuales e impersonales (sindicatos, partidos "obreros", etc.) no puede ser siempre e indefectiblemente explicado como "falta de conciencia de clase" o conciencia "no evolucionada". La realidad nunca puede explicarse por lo que le *falta*: la tarea del historiador es comprender las culturas de clase específicas que se hacen *presentes* en cada situación, el modo en que ellas expresan y articulan el antagonismo de diversos sectores, y los aspectos que las hacen más fuertes o más vulnerables a las operaciones de la élite sobre la subjetividad subalterna. Con un análisis de clase de la cultura, que tome en consideración los argumentos presentados, podría evitarse la frecuente perplejidad de algunos historiadores que, puestos a estudiar las identidades populares en Argentina, se encuentran con usos clasistas de elementos inesperados (identidades racializadas, imágenes religiosas, lealtades caudillescas, apropiaciones "plebeyas" de lo nacional, etc.).

Palabras finales

Lo anterior es tanto una propuesta teórica y un esbozo para un programa de renovación historiográfico, como una invitación a retomar el debate sobre la relevancia del análisis de clase para comprender el pasado. A pesar de las críticas que la perspectiva de clase ha recibido (y a pesar también de sus defensas ortodoxas) la dimensión de la explotación y del antagonismo que ella ilumina resulta insustituible. La reformulación aquí propuesta puede o no agradar al lector. Pero, en la medida en que la barbarie capitalista profundiza su presencia en todo el mundo, podemos por lo menos estar seguros de que la mirada de clase, con las modificaciones que requiera, seguirá iluminando el camino del conocimiento y la emancipación.

Resumen

Este artículo examina los elementos dispersos del debate acerca del concepto de clase en la historiografía argentina desde la década de 1980, cuando ese concepto comenzó a ser impugnado por una fuerte corriente identificada con la noción de "sectores populares". Evaluando alcances y limitaciones de ese debate, la segunda parte del artículo propone algunas líneas de trabajo para revitalizar una historiografía "de clase" que pueda hacerse cargo de las impugnaciones y que tome en consideración los aportes del campo internacional. Tal programa propone una conceptualización de la dominación de clase que sea holística, histórica, no eurocéntrica y de género, y una comprensión no reduccionista de la ideología.

Palabras-clave: concepto de clase; ideología; historiografía argentina; sectores populares; marxismo.

Abstract

This article seeks to examine the scattered elements of a debate on the concept of class in Argentinean history from the 1980s, when that concept began to be attacked by a strong historiographical current that put forward, as an alternative, the notion of "popular sectors". After an evaluation of the limitations of that debate, the second part of the article presents some working ideas so as to revitalize class analysis in an historical approach that may respond to the main impugnation it has been object to, and one that also takes into account the developments in the international field. Such program would conceive class domination as a holistic, historical, non-eurocentric and gendered reality, while considering ideology in a non-reductionist way.

Keywords: concept of class; ideology; Argentinean historiography; popular sectors; Marxism.

